



PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
25 » extraordinarios... » 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
PROVINCIAS: » » » 3
EXTRANJERO: año... » 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
Extraordinario... » 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27.-Madrid. — 8 — A toda suscripción acompáñese el importe en libranza ó sellos.

UNA HAZAÑA DEL CHICLANERO

MENTIRA parece que al cabo de cuarenta y cinco años sea yo, el más insignificante (¡oh modestia!) de los escritores taurinos, taurómacos y tauromáquicos, quien venga á dar cuenta de un hecho notabilísimo y único seguramente en la historia del arte nacional.

¿En qué piensan los viejos? ¿Cómo es que ellos, tan dados á fantasear cuando se trata de rememoraciones de épocas evaporadas, han dejado pasar inadvertidos sucesos de la cuantía del que voy á relatar?

Refiérese á José Redondo, y ningún biógrafo del celeberrimo matador ha hecho hasta ahora la más leve alusión al hecho de autos; lo cual demuestra que, hoy como ayer, se da curso preferente á las voces de la leyenda, y se desprecian, por ignorados tal vez, casos portentosos sobre cuya veracidad no cabe la sombra de una duda.

Falta de documentos por un lado, y pereza por otro, para escudriñar, en los escasos que existen, la historia de determinados tiempos, traen como consecuencia la oscuridad que reina generalmente en la parte anecdótica del arte de Romero.

Se dice mucho, demasiado, cuando se habla de ayer; pero en cambio no se prueba nada, y váyase lo uno por lo otro.

A mí me ha dado estos días por revolver papeles viejos en la biblioteca de Carmena, arsenal copiosísimo de documentos taurómacos, que no me cansaré nunca de elogiar.

Y doy mi palabra de honor de haberme entretenido mucho y aprendido más, puesto que he descubierto cosas muy peregrinas, y convencidome de que, digan lo que quieran los termómetros de la tauromaquia pasada, los toros, los toreros y el público, han estado siempre, *mutatis mutandis*, á altura igual.

Dejémonos de filosofías evolutivas, para las cuales me falta humor y tiempo, y vengamos á lo que interesa, que es una hazaña del Chiclanero, hazaña, como dije antes desconocida para la presente generación, y digna por todos conceptos de que llegue á su noticia.

Corría el año del «toreo verdad» de 1851, y Algeciras estaba de fiesta con el anuncio de tres grandes corridas de toros que debían verificarse los días 1, 2 y 3 de Junio.

Ocho toros de la señora viuda de Cabrera, de Utretra, en la primera corrida; ocho de D. Jerónimo Martínez Enriles, de Medina Sidonia, en la segunda; y ocho, mitad á la española, mitad á la portuguesa, en la tercera: tal era el programa acordado.

Un periódico de Algeciras, del cual tomo estos datos, no cita las ganaderías de la tercera corrida.

Los matadores escriturados eran José Redondo (el Chiclanero), y Manuel Jiménez (el Cano). Este último murió en Madrid el año siguiente de 1852, á consecuencia de la cornada que le dió el toro *Pavito*, de Veragua, lidiado en cuarto lugar en la corrida del 12 de Julio.

Entre los picadores figuraban los Gallardos, padre é hijo, Carlos Puerto y su hermano José.

La primera corrida fué endeblilla por parte de las reses, que mataron entre las ocho 12 caballos.

Redondo mató el primer toro de una corta, un pinchazo y dos volapiés; el segundo de dos cortas recibiendo; el tercero de una en hueso, dos cortas, dos volapiés y un descabello al primer intento; y el cuarto, que era de muchísimo cuidado, de una arrancando «que le valió infinitos aplausos.»

El Cano pinchó menos que el Chiclanero, y estuvo más acertado en la muerte de sus cuatro toros. Mató el primero de una corta y una buena, recibiendo; el segundo, de un volapié y dos cortas; el tercero de una «buena recibiendo, inmejorable»; y el cuarto de una buena arrancando.

Dieron á Jiménez su tercer toro, sexto de la corrida, honor que no alcanzó Redondo.

Llegó el día siguiente y comenzó la fiesta sin incidente alguno digno de particular mención, por parte de los diestros.

El Chiclanero mató al primer toro de dos pinchazos arrancando y una estocada á volapié; el Cano logró el segundo con dos cortas y un volapié; Redondo dió cuenta del tercero con una corta y un metisaca; y Jiménez se deshizo del cuarto con una corta recibiendo, una baja arrancando y un descabello.

Y ahora llegamos al acontecimiento de la corrida, cuyo relato voy á copiar al pie de la letra, para que no se diga que invento ni exágero. Dice así:

«Bermejo retinto, cubeto y rabón era el quinto. Tomó de Puerto (Carlos) dos varas por dos porrazos y dos caballos muertos. De Sanchez cuatro, con herida del jaco en todas. De Puerto (José) una por un porrazo y muerte del caballo, haciéndole Joselito el quite con mucho acierto.

«El público se entusiasmó pidiendo caballos, y cuando principiaban á salir éstos para descansar como sus compañeros, porque el rabón se había consentido, siendo además duro y pegajoso, dió el sexto toro tan fuerte porrazo á la puerta del chiquero, que la abrió, rompiendo los anillos del fuerte cerrojo que la sujetaba, llevándose en la cabeza al llavero que de espaldas hacia el toril estaba, muy lejos de pensar en un ataque tan brusco; pero es lo cierto que llevó un buen revolcon y rotos los calzones.

«Desde este momento todo fué confusion: el toro que, despues de su arranque, se había juntado con su compañero, ya no hubo medio de separarlo ni con el auxilio del guía.

«Salieron á la plaza los cinco picadores en ademan de acosar á los dos vichos (*sic*) y entonces presentaba la plaza un aspecto digno de verse: los toros en los medios del circo, defendiéndose: la guía dando vueltas para atraerlos; los picadores haciendo salidas hacia los toros; los toreros llamándolos con sus capotes; los baqueros (*sic*) dando fuertes tronidos con las ondas (*sic*); otros con una cuerda intentando enlazar á alguno de los dos toros sin poder conseguirlo; el público ondeando sus pañuelos y agitando sus sombreros por todas partes, y la presidencia sin saber qué hacerse.

«Pero había un hombre en la plaza, capaz de vencer tan grave compromiso y este hombre era José Redondo, el que, cogiendo la muleta y espada, se fué en busca de las dos fieras que, aquerenciadas la una con la otra, hacian más grave el peligro: citó Joselito á uno de los toros y le arrancó el otro, al que dió un pase natural y una estocada por lo alto, y tomando otra espada, le dió dos estocadas al otro concluyendo ambos casi al mismo tiempo.»

¿Qué diferencia entre la prensa de entonces y la de ahora! Después de referir el periódico de Algeciras la heroicidad de Redondo, continúa tranquilamente la revista y hace un resumen breve é insustancial, sin aludir lo más mínimo á la muerte casi simultánea de los toros quinto y sexto.

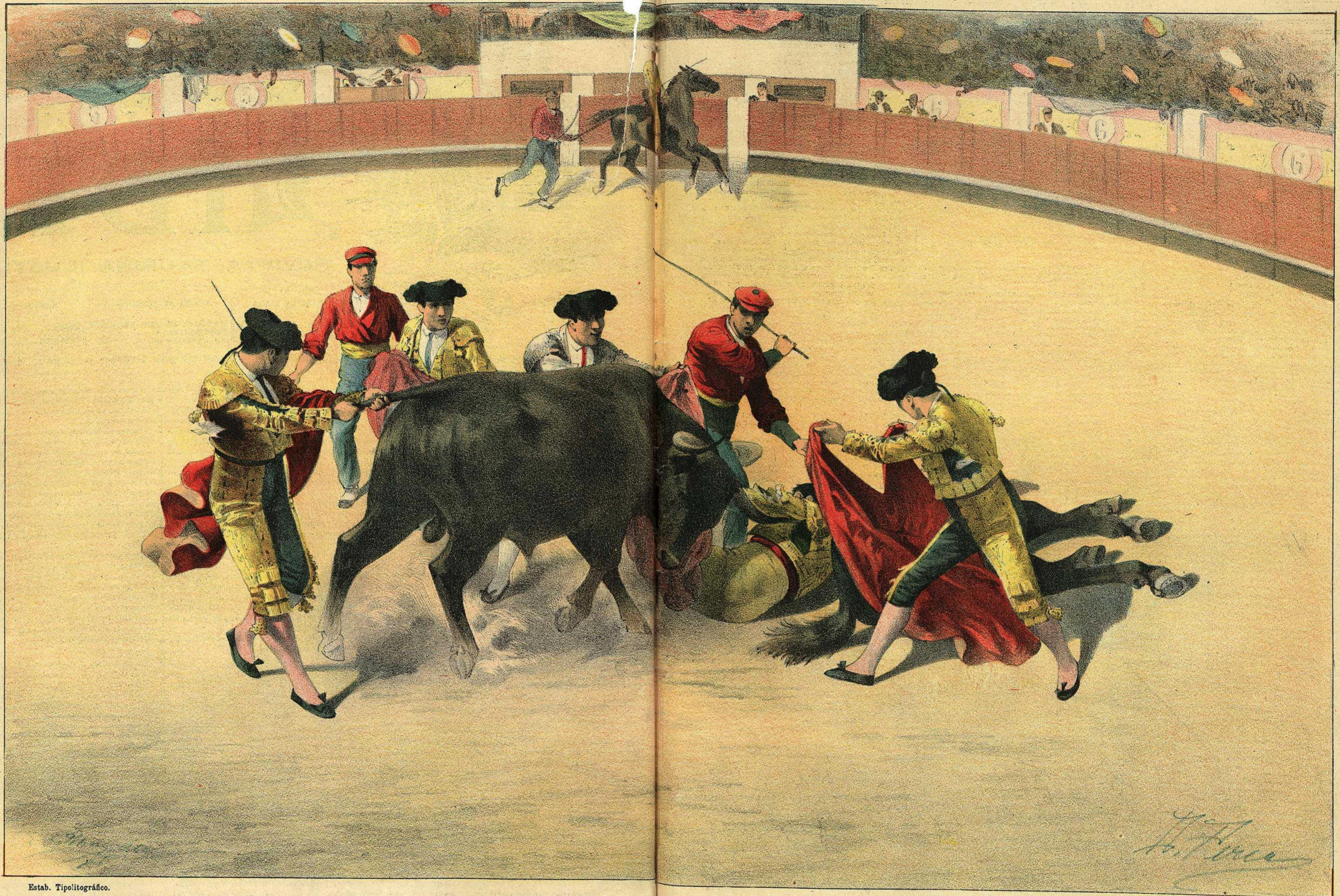
Y, sin embargo, no es posible enterarse del importantísimo incidente, sin admirar con el mayor entusiasmo la conducta del Chiclanero.

¿Qué valor! ¿Qué serenidad! ¿Qué maravillosa inteligencia! Sólo un matador como José Redondo, sólo un diestro en la plena posesión de su maestría, podía en un momento de peligro inminente concebir y ejecutar lo que concibió y ejecutó el Chiclanero.

Hay que tener en cuenta que el quinto toro, hostigado por los puyazos y llevando la pelea con bravura y con poder, estaba como quien dice en plena ebullición, mientras que el sexto se hallaba virgen — como quien dice también — de castigo, y se había arropado en su compañero, guiado por cierto instinto de defensa.

La situación era, por lo tanto, gravísima por la posibilidad de que las dos reses arrancaran á un tiempo y destruyesen todos los cálculos del matador. La prueba es que al citar Redondo con la muleta á un toro, acudió el otro. Ya se ha visto de qué modo dió en tierra con los dos.

Al ver semejante hazaña se cae en la cuenta de lo que era Redondo como matador de toros. Bastaría so-



Estab. Tipolitográfico.

Cogida de el Chato Madrid, 31 Mayo 1896.

J. Palacios. Arenal, 27.

